

CARTA DE LUIS RAMIRO BELTRAN SALMÓN (BOLIVIA)

A LOS PARTICIPANTES DEL

FORO SOBRE COMUNICACIÓN, DESARROLLO Y CAMBIO SOCIAL

Marzo 24 y 25 de 2008

Sevilla, España

Estimados colegas:

Gracias al gentil pedido de mi caro amigo y admirado colega Manuel Chaparro les hago llegar por medio de él mi más cordial saludo y los felicito por reunirse para reflexionar sobre la comunicación relacionada con el desarrollo en la era de la globalización, el neoliberalismo y la sociedad de la información. Y aplaudo su lógica inquietud por el replanteamiento de la concepción del desarrollo y su voluntad de revisar, en consecuencia, la de la comunicación al servicio de éste. Lo hago como miembro de una generación latinoamericana de especialistas en comunicación que, a principios de la década de 1970 levantó pendones de batalla para forjar una comunicación democrática al servicio de un desarrollo democrático que fuera capaz de construir una sociedad democrática.

Esa insurgencia rebelde en pos de tal quimera tuvo su más intensa actividad a lo largo de la "Década de Fuego", como se llamó a la de 1970 porque en ella, por primera vez en la historia de la humanidad, se produjo un fragoroso conflicto mundial de alta combustividad entre quienes propusieron cambios radicales en el sistema de comunicación y quienes se opusieron a ellos. El Movimiento de los Países No Alineados planteó, con liderazgo árabe y yugoeslavo, la conformación de un Nuevo Orden Internacional de la Información. Y la UNESCO se empleó a fondo en propiciar la formulación de Políticas Nacionales de Comunicación como instrumento para el cambio siendo, en este caso, latinoamericano el liderazgo. La resistencia contra ambos empeños fue encabezada con agresiva exasperación por las asociaciones continentales de propietarios y directores de medios de comunicación masiva. La contienda se desarrolló desde cerca de la mitad de aquel decenio hasta fines del mismo, teniendo por escenario principal a la UNESCO en su sede de París. Ella tuvo que establecer en pos de

avenimiento la Comisión McBride que emitió su transaccional informe final en 1980 en el que acogió, con algunos ajustes, no poco del pensamiento innovador, principalmente el latinoamericano. Rechazaron vehementemente aquel pronunciamiento de la Asamblea General de la UNESCO influyentes periodistas y editores estadounidenses y las ya mencionadas agrupaciones de medios. En dura señal de desaprobación, los gobiernos de Estados Unidos de América y Gran Bretaña se retiraron de la UNESCO y provocaron la dimisión de su Director General, el africano Amadou Mahtar M'Bow. Y así el status quo iría a perpetuarse aún hasta hoy.

Otra área mayor de nuestra lucha de aquellos años fue la denuncia, sistemática y documentada, de la dominación interna que la oligarquía ejercía sobre los medios masivos de comunicación, así como de la dependencia externa en materia de información internacional principalmente por obra de agencias de noticias, publicidad, mercadeo y encuestas de los Estados Unidos de América. También analizamos críticamente la actividad técnico-educativa de comunicación para el desarrollo propiciada en la región por ese mismo país. Nos dimos cuenta así de que los programas estatales del ramo estaban inspirados por un modelo de desarrollo favorable a la poderosa elite conservadora. Lo criticamos por ello y por su naturaleza excesivamente economicista, materialista, tecnologista y mercantil acompañada de ceguera ante la inequidad y la opresión que se infligían sobre la gran mayoría de la población. Y, en la modesta medida de nuestras posibilidades, esbozamos luego algunas nuevas perspectivas. En 1974, por ejemplo, yo hice este intento de redefinición: *“El desarrollo nacional es un proceso dirigido y ampliamente participativo de profundo y acelerado cambio socio-político orientado hacia la producción de cambios sustanciales en la economía, la tecnología, la ecología y la cultura*

*general de un país de tal manera que el avance de la mayoría de su población pueda obtenerse en condiciones de igualdad, dignidad, justicia y libertad general”.*

En el mismo 1974 La “Declaración de Cocoyoc” planteó en México a un alto nivel político un conjunto de lineamientos básicos para procurar en Latinoamérica un desarrollo humano justiciero y realmente democrático.

Y en 1976, al cabo de algo más de un año de indagación, reflexión y diseño, un grupo de sobresalientes científicos sociales de Latinoamérica especializados en desarrollo produjo un “Modelo Mundial Latinoamericano”. La iniciativa para ello fue de la Fundación Bariloche de Argentina que contó con el auspicio del canadiense Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo. Original y audaz, pero bien sustentado, este esquema de cambio radical e integral en pro de la genuina democracia fue publicado en aquel año bajo el sugerente título de “¿Catástrofe o Nueva Sociedad?”.

Pero no hubo gobierno nacional que acogiera tal modelo ni organismo internacional que se inclinara a respaldar su puesta en ejecución. Así esta valiosa proposición quedaría confinada al ámbito académico. Y el modelo clásico continuaría imperando ciegamente en la región patrocinado por muchos más millones de dólares que servirían principalmente para generar más subdesarrollo que iría a ahondar la miseria de las subalternas masas.

En efecto, la propia década del 70 marcó abrumadoramente el fracaso del desarrollo regido por aquel modelo en Latinoamérica. La crisis del petróleo que sacudió a las naciones desarrolladas tuvo graves consecuencias en ella demostrando lo inapropiado de las estrategias desarrollistas y su vulnerabilidad estructural debida a su dependencia. A la mitad de la década las tasas de desarrollo se derrumbaron en los países de la región y la deuda externa, confrontada con tasas de interés más elevadas, comenzó a crecer vertiginosamente. A la altura de 1978, debido entre otros factores al aumento del

desempleo, así como a bajos salarios versus altos precios y a la desbordada inflación, alrededor del 40% de las familias habían caído hasta niveles de pobreza crítica. En cambio, mientras masas campesinas irrumpían desesperadas en las ciudades en pos de sobrevivencia, las poderosas minorías gobernantes se enriquecían mucho más.

Al mismo tiempo, genocidas dictaduras militares ahogaban a sangre y fuego todo anhelo de democratización, especialmente en Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Bolivia y Paraguay. Y, también concurrentemente, las trompetas imperiales anunciaron, con el despegue transnacional de su mágica tecnología electrónica al servicio de los menos, el advenimiento de la Sociedad de la Información. En medio de ese desolador escenario aquellos francotiradores de la ensoñación libertaria no cesaron en su empeño de vocación transformadora.

En cuanto a la práctica – capitalizando sobre las iniciativas precursoras de obreros mineros de Bolivia y de campesinos agricultores de Colombia surgidas, apelando a la radiodifusión, entre fines de los años 40 y principios de los 50 –florecieron en los del 70 en varios países de la región numerosos ejercicios de comunicación del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Con recursos modestos, pero con mucha creatividad, ellos dieron la palabra a los pobres y sojuzgados valiéndose de medios de propiedad comunal y gestión participativa.

En cuanto a la teoría, los latinoamericanos comenzaron también al principio de la década del 70 el empeño por reemplazar al modelo clásico de comunicación prevaleciente, que era igualmente de origen estadounidense, por considerarlo unidireccional, monológico, autoritario y manipulativo. La inspiración para ello les vino inicialmente del revolucionario pensamiento freiriano para forjar una educación liberadora por medio de la concientización y del diálogo. Así fueron surgiendo varios aportes a las

conceptualizaciones de la democratización de la comunicación para hacerla también liberadora. Los más notorios planteamientos llamaron a tal tipo de comunicación “popular”, “dialógica”, “participatoria”, “alternativa” y “horizontal”, siendo estos dos últimos probablemente los apelativos más difundidos. Buena parte de la valiosa literatura así producida fue compilada más tarde en algunos libros. Lamentablemente lo contribuido por ella no llegó a desembocar en un modelo integral y pormenorizado. Sin embargo, al final de la década un esfuerzo sintetizador y articulador logró proponer un conjunto de lineamientos para la construcción de un modelo de “comunicación horizontal” basado en la interacción libre e igualitaria por medio del acceso, el diálogo y la participación.

Bien, amigos, para no atribularlos me abstengo de referirme a estas cosas respecto de las décadas de 1980, 1990 y 2000. Y cierro esta misiva reiterándoles mi más cálida congratulación por haber resuelto enfrentar el reto de repensar tanto al desarrollo como a la comunicación para el mismo. Nunca ha sido esto más necesario que ahora cuando el poderío de la dominación interna se ha consolidado deteriorando la situación del pueblo raso aun mucho más y cuando la dependencia externa ha alcanzado una dimensión colosal en cuanto al desarrollo y a la comunicación. Con viva emoción les deseo, pues, pleno éxito en sus deliberaciones dirigidas a restaurar la irrenunciable utopía de salvar a nuestra América.

Los abraza esperanzada y solidariamente,

Luis Ramiro Beltrán Salmón

La Paz, Bolivia, 20 de marzo de 2008